



**ACERCA DE SÁNCHEZ SILVEIRA**

## VIDA LITERARIA

### *Un libro sobre Céspedes*

Há venido de La Habana para hacer una visita a «San Lorenzo», el lugar donde cayó el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, —sacado del olvido por una excursión que hiciera hasta allí para colocar una tarja de bronce, el Dr. Manuel Sánchez Silveira, a quien acompañara nuestro querido compañero y co-director Nemesio Lavíé— con el objeto de adquirir datos para escribir una obra biográfica, el señor Gerardo Castellanos y Castellón, persona cultivada en las labores editoriales y rama de un valiente libertador cubano

Logrado el propósito de la visita a «San Lorenzo», la cual se llevó a efecto con la intervención del Dr. Sánchez Silveira, ha retornado a la Habana el señor Castellanos, prometiéndonos editar su obra en los talleres de nuestra Biblioteca Martí.

Al despedir ORTO al señor Castellanos, hace patente de su reconocimiento por el amor y dedicación que ofrece a la historia del gran caudillo de la Demajagua.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Revista ORTO. Manzanillo. Junio 1930. a.XVIII n. 6 p.197.

FRAGMENTOS DEL LIBRO «EN BUSCA DE SAN LORENZO» (MUERTE DE  
CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES)

*POR GERARDO CASTELLANOS G.*

En la peña masónica empecé a oír los nombres de Nemesio Lavié, César Saíz y Manuel Sánchez (Silveira). Eran los Livingston, Stanley y Gonzenbach de las exploraciones de estos lares. Entusiastas y a la vez muy cultos. Dominan las sierras. Caminan o jinetean por ellas como se anda por un parque. Conocen sus misterios.

Este anticipo me encanta. Mas a un tiempo oí la inquietante noticia de que habían estado precisamente en San Lorenzo, partiendo de Baire. El nombre de este sitio y el rumbo citado retorcían mi proyecto. ¡Yo en Manzanillo, y estos clásicos exploradores *maestristas* se lanzaron por Baire!

Al hablar con algunos conocidos en el restorán *Las Columnas* sobre los brillantes elementos culturales de la ciudad y de la magnífica revista *Ortos*, que dirige mi amigo Juan F. Sariol, volví a oír hablar encomiásticamente del trío de exploradores y supe que el joven Lavié es uno de los más sólidos valores literarios de la ciudad; y César Saiz y Manuel Sánchez son populares.

Hasta en cafés y tertulias del parque ha penetrado la fama de estos trotamontañas.

En cuanto a Sánchez, nadie me habló de sus recetas o curaciones. Destácase por su actividad viajera y conocimientos geográficos e históricos de la comarca. Anda por los campos más satisfecho y orondo que por su gabinete. Pude luego comprobar que tiene mejor tino para guiar por un trillo oculto de la serranía, que en localizar en su gabinete- biblioteca-museo un maxilar de indio extraído del cementerio de Macaca que me tiene ofrecido.

Por eso para ganar tiempo me apresuré a visitar las oficinas de los Beattie, armado de algunas cartas. Llegó un joven en traje de moderno hacendado. De aspecto simpático. Al conocer mis deseos, me abrió los brazos sin reservas. Me facilitaría todo lo que en sus posibles estuviera. Es un digno vástago de un robusto tronco patriótico. Hijo del Dr. *Chichi* Núñez y, por lo tanto, sobrino del general Emilio Núñez. El Dr. Delio Núñez es casado con la única hija de don Ricardo Beattie y a la vez que representante a la Cámara por Oriente, es administrador de los bienes de esta opulenta familia. No pude haber caído en mejores manos.

El es poco aficionado a los romanticismos de mi misión. Aunque joven le interesan más los números y juiciosamente prefiere los frutos productivos al humo embelesador. Por algo se educó en los Estados Unidos y su padre político es de origen inglés.

Redondeó mis iniciales palabras con el aditamento del nombre ya para mí célebre.

—Va usted a tener la suerte de identificarse con el médico de nuestro ingenio y de nuestro pueblo. Hombre docto, popular y amado. Especialmente es diestro conocedor de la comarca. Viajero empedernido. Coleccionador de objetos de indios y de la revolución. Le acercaré al Dr. Manuel Sánchez Silveira, en la plena confianza de que le doy lo más capacitado y entusiasta. Si él no lo da luz nadie se la podrá dar. Y diciendo y haciendo ordenó a un empleado que llamara al doctor.

Le hablé por teléfono. Me esperaba en el vapor del otro día.

Entre el gentío un hombre asomaba la cabeza, en señal de interés por algún pasajero. Al cruzar conmigo su mirada, rápidamente adiviné que era a mí a quien buscaba. — Era el Dr. Manuel Sánchez Silveira.

En un tris estuvimos encaramados en un motor de Línea. Por cierto que venía acompañando de dos lindas manzanilleras, Conchita y Margot Portilla Arce, tocadas con sombreros de yarey tan enormes que con dificultad podía véseles el rostro.

Es un hombre muy trigueño, completamente rasurado a estilo yanqui. Enjuto, de cara huesosa. Tiene parecido con el faraón Seti I. Pulcro en el vestir. Nervioso. De marcada seriedad. Afable, aunque no festivo. Sobre investigaciones geográficas e históricas puede monologar horas sin darse cuenta del desconcierto que produce en sus oyentes. Es popular y querido en la comarca. Me fijo en que sus clientes y convecinos exclu-

sivamente le hablan de huesos de indios, vasijas, fósiles, flechas, armas de insurrectos y de excursiones por la sierra. Ni una sola vez oí que le trataran de enfermedad. Quizá será debido a que en esta región no hay enfermos.

De modo que las aficiones de este personaje coinciden hasta más no poder con las mías. Analizando esas aficiones, en tañ reciente y breve contacto, llegamos a orillas del mar y nos acomodamos en la artística glorieta del *Club Náutico*. Linda playa. Cocoteros rumorosos.

La historia del pueblo y de los Beattie me interesaba; pero el primordial proyecto de buscar a SanLorenzo por este vericuetto, estaba sufriendo peligroso atraso. Los panoramas, las diversas noticias sorprendidas. Media Luna y el doctor Sánchez, todo amalgamado con lo que venía desenvolviéndose desde Bayamo, presagiaban una tempestad desquiciadora sobre mi peregrinación. Los instrumentos de mi barca vacilaban y el timón comenzaba a no obedecer. Yo sobre el puente oteaba.

Una tarde estábamos Sánchez y yo extasiados ante los encantos de un jneandro del río Vicana, orlado de altos, verdes y encorvados penachos de caña-brava. Hablamos.

Y fue entonces, y a seguida, cuando ocurrió el desenlace. Mejor dicho, se corrió la cortina que proyectó la luz y verdad sobre mi senda.

Aunque los más exaltados patriotas hayan atestiguado que San Lorenzo esta al «pie», o «junto», o a las «faldas» o «a la vista» del Pico Turquino; aunque todos los mapas del mundo y del Ejército Cubano y de la magnífica casa alemana Westerman, señalen a San Lorenzo con precioso asterisco rojo al «pie» del Turquino, —puede afirmarse, rotundamente, que hombres y mapas están desdichadamente equivocados!

Naturalmente, que si San Lorenzo estuviese junto al Pico debía ser mejor ruta la de Ensenada de Mora, porque desde allí podría irse en lancha hasta el surgidero de Turquino o al pie de Bella Pluma ó a la boca del río Plata. Total, unos cincuenta y dos kilómetros desde Pilón; distancia que podía también vencerse, aunque con bastante dificultad, por la costa. No hace mucho que Delio Núñez, su esposa y otros invitados hicieron una excursión hasta el río Plata, donde los Beattie tienen abundantes tiérras. Pero para el Turquino hay que vencer ciertas dificultades.

Es, pues, un disparate buscar a San Lorenzo por el Turquino, puesto que ni siquiera desde allá se ve su cima. Es como si se buscara a Guanabacoa por Guanajay.

Sánchez hizo una caravana con numerosos amigos, para la colocación de una placa, partiendo de Contramaestre y descendiendo por las estribaciones de la Sierra. Podría hacerse el viaje saliendo del Cobre, a caballo. Aunque también es practicable por mar hasta Aserradero o río Seco o el Masío y de allí a caballo...

Quedé anonadado, desconcertado. ¿Para qué me habían servido tantos libros y mapas? Un hombre práctico con pocas palabras había hecho papillas a los planos y a mis autores fundamentales en lo tocante a San Lorenzo. Melancólicamente dudé de mis pobres conocimientos de historia y de geografía.

Con tan evidente aclaración geográfica, quedan maltrechas, rodando por tierra, todas las bonitas y literarias expresiones que desde hace más de medio siglo vienen repitiéndose y han tomado tal arraigo en los dominios de la historia, que han de requerirse hábiles repeticiones para convencer que San Lorenzo no está ni al «pie» ni a las «faldas» del Turquino, sino que a tanta distancia de este punto que ni la coronilla se le ve. Y como el mejor modo de ilustrar y convencer es el objetivo, lo recomendable será que a los incrédulos se les imponga seguir ambos derroteros.

Podrán evitarse descabros semejantes al mío, fijando bien en los mapas el célebre lugarejo.

Mohino, ya no me quedaba más remedio que retroceder y confesar el fracaso a mis amigos, a los que me habían visto partir confiados en un decisivo triunfo. Aunque mi familia gozaría al saber que no escalando el Pico quedaba en salvo.

A recoger maletas y bártulos. La veleta imperativa, ahora señalaba rumbo este: Santiago de Cuba.

¡A cuanta distancia de mi vetusta Villa vine a recibir la revelación mis amigos, a los que me habían visto partir confiados en un decisivo triunfo. Aunque mi familia gozaría al saber que no escalando el Pico de San Lorenzo! Incertidumbre. Más ahí estaba el hombre entusiasta que me había prometido auxilio. En su mirada compasiva advertí un fulgor de esperanza.

El consultorio de Sánchez más semeja un rastro-museo. En una vitrina andan revueltos instrumentos de cirugía y curiosos caracoles. Libros de medicina con colecciones de minerales. Huesos de indios, utensilios de los mismos, especialmente vasijas de barro. Pistolas, rifles. Un curioso machete con digitales de plata en el puño, hallado en la Sierra Maestra y que en su hoja tiene grabado el nombre del «coronel R. Cueva». A pesar de haber hecho numerosas donaciones al Museo Ba-cardí, aun le quedan reliquias de origen siboney. Porque como antes he dicho, la preocupación de Sánchez es la búsqueda de huellas aborígenes. No le importa que Harrington en su «Cuba Before Columbus» señale esta región del cacicazgo de Macaca como desconocida, ni que tampoco Rodríguez Ferrer refiera hallazgos de los primitivos pobladores. Es indiscutible que ese cacicazgo se extendía por entre la serranía y, debido a sus tierras feraces y abundantes medios de vida, estuvo muy habitado. Sabido es que cerca del cabo, por Belic, existió una nutrida población siboney. Sus vestigios los ha trillado Sánchez y conseguido abundantes objetos.

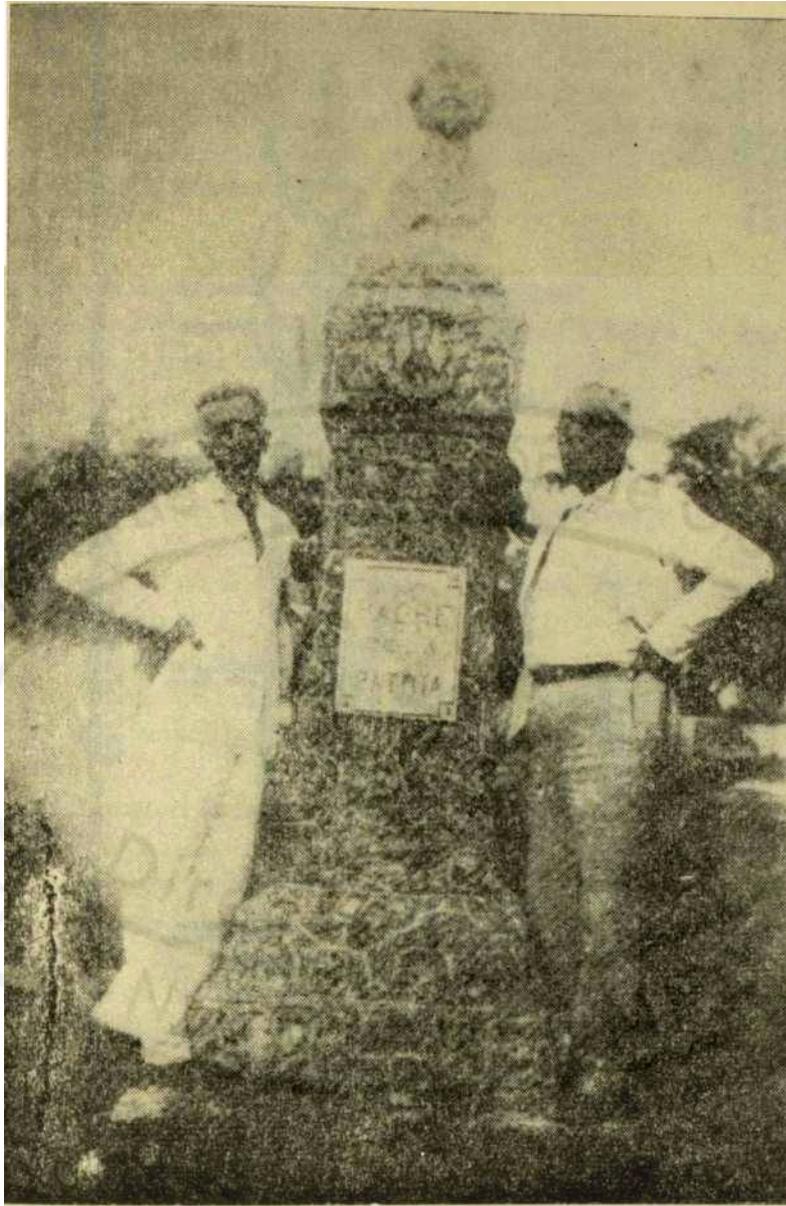
Estoy de vuelta en la playa de Media Luna, viendo como algunas muchachas se bañan tan libremente como las que van a Marianao. Flirtean en el mar con robustos jóvenes. Se lanzan de un trampolín y juegan en la arena. En nada les ruboriza su desnudez, a pesar de que cada cual exhibe más carne y pelos que tela. Es interesante reflexionar sobre con que fruición y rapidez sabemos copiar y hasta exagerar modas, costumbres y vicios exóticos; hasta el escandaloso fumar inferior y apestoso tabaco extranjero, mascar tutifrutí y entregarnos furiosamente a locos y sofocantes bailes. Y en cambio no importamos virtudes cívicas ni educadas orientaciones políticas.

Caía la tarde. Es hora propicia a la melancolía, a soñar...

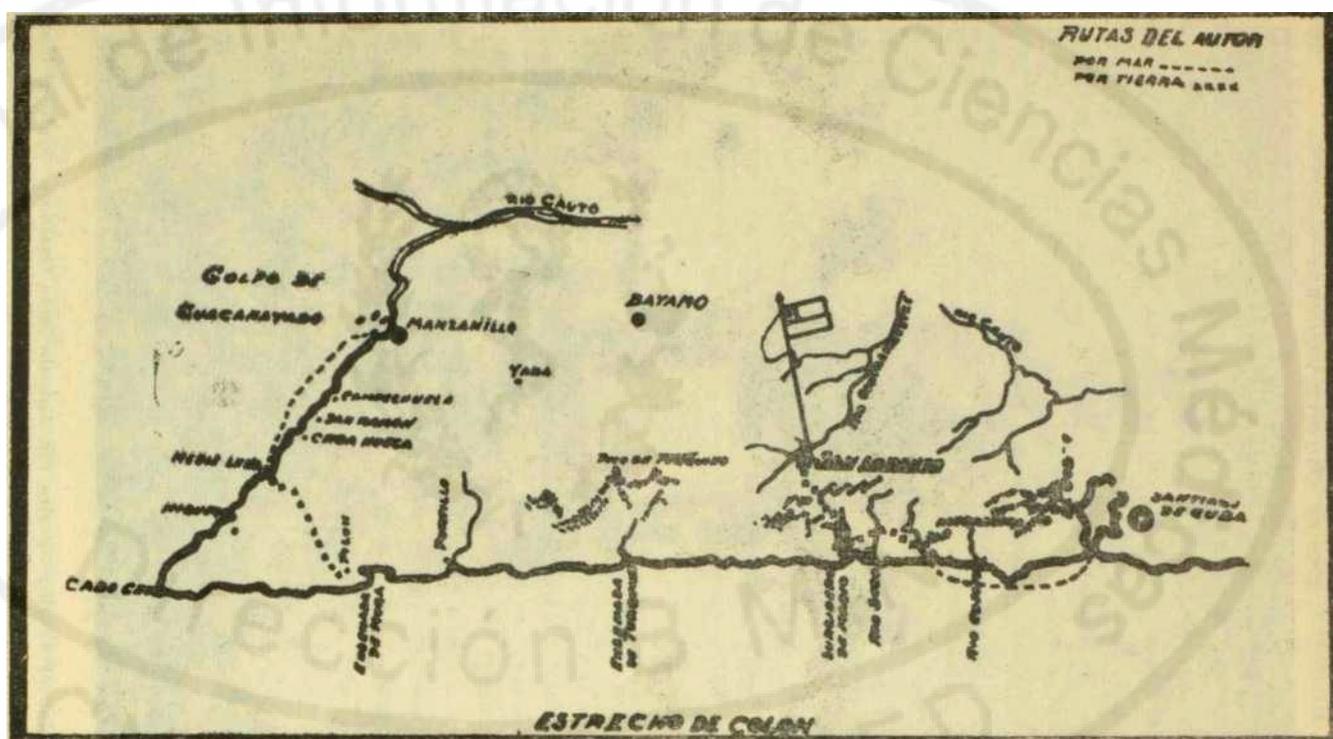
Y como me viera abstraído y atinadamente pensara que yo resolvía en mi mente el problema de San Lorenzo; Sánchez me dijo estas decisivas palabras:

—Iré con usted a San Lorenzo.

Listos. En fecha de guerra. El cabo va con suprema autoridad en caminos. Por los campos un cabo es más respetado y recibe mayores homenajes que el más empingorotado aristócrata, sabio o acaudalado



**El Dr. Manuel Sánchez Silveira con Antonio Moro Casanova junto al busto de Céspedes en Media Luna.**



Plano de la ubicación exacto de San Lorenzo, en el que aparecen también las rutas por mar y por tierra, que desde Santiago de Cuba recorrió el ilustre historiador Gerardo Castellanos, siguiendo las indicaciones de su acompañante, Dr. Manuel Sánchez Silveira. (De la obra en Busca de San Lorenzo», por G. Castellanos.

caballero en la capital. Luego, el médico Manuel Sánchez Silveira, conocedor de San Lorenzo. Y yo, que, libreta y lápiz en mano, voy anotando lo que no puede sorprender mi cámara fotográfica. Me ha tocado el resistente caballo americano trotón, de nuestro ejército, de dieciséis años marcado con el número E-234.

Y ahora a lanzarme en busca de San Lorenzo.

Uno de sus antiguos dueños antes de cederlo a Fajardo se reservó el derecho de media caballería, cuyo perímetro abarca el barranco por donde rodó el cuerpo de Céspedes. Y luego hizo donación de la misma al Gobierno para que la transformara en parque nacional.

En la corona del lugar, todo lo que rodea el inicio del barranco, hasta la misma pendiente está cubierto de manigua. Por el centro pasa un sendero.

Desde lejos no es visible el punto interesante. Pero a pocos pasos se tropieza con él.

Allí hay actualmente dos tarjas.

La primera fué fundida en los talleres del Ingenio Isabel, en Media Luna. Mide cincuenta por cuarenta centímetros. Tiene una inscripción que dice:

«Aquí cayó el Padre de la Patria. Febrero 27 de 1874.»

Se debe a iniciativa del Dr. Manuel Sánchez Silveira y miembros de una comisión de Manzanillo.

Para fijar la pesada tarja organizaron elementos de Manzanillo, Media Luna y otros lugares una peregrinación a San Lorenzo, que bajó por Baire y realizó la colocación definitiva el 24 de noviembre de 1925.

Por no disponer de cemento ha sido montada en un grueso tronco de madera y sostenida por piedras.

Después visitó el lugar otra comisión que, procedente de Santiago de Cuba, venía en representación de todos los Gobernadores Civiles de Cuba figurando a su cabeza el Consejero Adriano Niubo Izaguirre.

Niubó, a nombre de esas seis autoridades y sus compañeros de Consejo en toda la República, colocó una muy modesta, exageradamente económica tarja de mármol, que no debía serlo tanto ya que es iniciativa nada menos de que seis gobernadores y cincuenta y cuatro consejeros

que, de seguro, en el escote para cubrir el costo, no les tocó a más de diez centavos por autoridad. Tiene la siguiente inscripción: «Los Gobernadores y los Consejeros de la República a Carlos Manuel de Céspedes».<sup>1</sup>



<sup>1</sup> Castellanos G., Gerardo. *En tusca de San Lorenzo (Muerte de C. M. de Céspedes)* Editorial Kermes. La Habana, 1930 pp. 36-41-42-43-46-47-51-52-54 57-73-96-272-273.